



**10/10/2002 VIAJE OFICIAL A CATALUÑA**

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN DE UN CICLO DE CONFERENCIAS ORGANIZADO POR EL FORO NUEVA ECONOMÍA Y *THE WALL STREET JOURNAL***

Barcelona, 10-10-2002

Señoras y señores,

Quiero comenzar mis palabras agradeciendo a "The Wall Street Journal" la invitación para inaugurar el ciclo de conferencias del Foro Nueva Economía. "The Wall Street Journal" es, y no hace falta que lo diga, uno de los principales puntos de referencia de referencia de la información económica en todo el mundo. Es también un diario que tiene principios y los defiende; que defiende la democracia política, defiende el Estado de Derecho, defiende la seguridad jurídica y defiende el mercado libre. Y se empeña en demostrar que en esas instituciones reside, en gran medida, permítaseme esta expresión, la verdadera causa de las riquezas de las naciones: en la democracia política, en el Estado de Derecho, en la seguridad jurídica y en el mercado libre.

Sólo por eso, aunque sólo fuera eso, que ya es mucho, merecería la pena haber venido aquí, esta tarde, a este Foro. Pero también he querido venir, quiero decirlo muy especialmente, porque "The Wall Street Journal" es un medio de comunicación internacional que cada día presta más atención a España, se fija en nuestro dinamismo y lo cuenta; advierte lo mucho que todavía nos queda por hacer y también lo cuenta; conoce algunos de nuestros problemas y lo dice; observa lo que sufrimos por causa del terrorismo y también lo cuenta.

Eso me obliga a expresar una gratitud especial, porque "The Wall Street Journal" nunca habla de una España inverosímil en la que existan románticos guerrilleros; habla de una democracia que soporta y hace frente a una banda terrorista y que lo hace únicamente con la Ley y con el Estado de Derecho. Habla de gente que sufre por causa de sus ideas; habla de gente que se niega, tanto a callar sus ideas, como a rendirse ante un proyecto totalitario apoyado por las fuerzas de las armas; habla, en fin, de nuestra determinación de resolver los problemas en libertad y en democracia, pero de no aceptar nada que signifique que quienes matan vayan a ver conseguidos sus objetivos como forma precisamente de que dejen de matar.

Queridos amigas y amigos,

Yo no sé si a nuestros anfitriones de "The Wall Street Journal" les parecerá a estas alturas una noticia si les digo que sigo defendiendo la importancia de la estabilidad y de las políticas que sirven para generar confianza. Y de confianza es de algo que yo quiero hablarles hoy aquí, en Barcelona: de confianza en nuestro país, de confianza también en una de sus áreas más dinámicas como es Cataluña, y de confianza basada en políticas que, en mi opinión, dan buenos resultados.

Si por un momento hacemos balance de los acontecimientos de los últimos meses, veremos que han sucedido cosas buenas y otras, digamos, que no tanto. Entre las primeras, sin ninguna duda, la entrada en circulación del euro; una nueva demostración de nuestra capacidad real como europeos de sumar voluntades. Otra ha sido un semestre de intenso trabajo en la Presidencia de la Unión Europea, una Presidencia en la que Barcelona, como sede del Consejo económico de primavera, ha vuelto a demostrar sobradamente su vocación europea y en la cual se ha convertido en un punto de referencia en la agenda de nuestras reformas.

Y quiero decir que también, desde el punto de vista de las satisfacciones, es satisfactorio el mejor comportamiento relativo de la economía española en el último año. Por primera vez en mucho tiempo, ante una crisis internacional crecemos muy por encima de nuestros socios y acabaremos el año con un balance positivo de creación de empleo. Eso, sinceramente creo que, en los tiempos que corren, que no son fáciles, es una buena noticia.

Es claro que la difícil situación económica del mundo nos afecta y no podía ser de otra manera teniendo en cuenta que somos una de las economías más abiertas de los 24 países que formamos la OCDE. Pero yo creo que la combinación de la estabilidad presupuestaria y de las reformas, junto con la pertenencia al euro, nos ha dotado de un músculo fundamental imprescindible, necesario, para evitar la atonía exterior.

Hoy contamos con bases económicas sólidas y contamos con la credibilidad necesaria que nos permite aprovechar la futura recuperación. Sin embargo, tenemos que ser conscientes de que persisten, y persisten de una manera intensa, elementos de incertidumbres; elementos que afectan a la seguridad internacional --por ejemplo, la crisis con Irak--, elementos que afectan a importantes economías emergentes --por ejemplo, en países de prioritaria inversión española-- o elementos o incertidumbres que afectan a la evolución de los precios del petróleo.

También sufrimos incertidumbres derivadas de comportamientos empresariales desleales en algunos países, con visibles consecuencias en los mercados de valores, que ya estaban afectados en su valoración por la crisis de las empresas tecnológicas.

Y también retrasa la recuperación el hecho de que algunos países europeos no hayan aprovechado los años de bonanza económica para hacer las reformas necesarias; un inmovilismo que es difícilmente justificable y que, a día de hoy, hace que la Unión Europea no esté en condiciones de convertirse en la locomotora de la economía mundial y una de las razones muy claras para decir que el Gobierno no está dispuesto a que España pueda caer en ningún tipo de inmovilismo.

Yo creo que corresponde a los responsables políticos o, si ustedes lo prefieren, a los políticos responsables, que no es lo mismo, trabajar para reducir estas incertidumbres.

No existen milagros ni secretos cuando hablamos de economía. Antes se esperaba que los Gobiernos dirigieran discrecionalmente las actuaciones de los agentes económicos; pero en este comienzo del siglo XXI sabemos que el éxito de la política económica se encuentra en su capacidad de generar confianza y de ser creíble.

En mi opinión, son tres los pilares esenciales sobre los cuales hemos construido esa credibilidad y esa confianza: primero, la estabilidad institucional; segundo, la libertad individual; y, tercero, la responsabilidad compartida. La estabilidad nos obliga a ser predecibles, la libertad significa ampliar los espacios para las nuevas iniciativas y la responsabilidad compartida significa, entre otras cosas, creer en el valor del diálogo, muy especialmente del diálogo social. Con estos elementos construimos un proyecto, creo, coherente, de largo recorrido --no de corto plazo, de largo recorrido--, orientado hacia el futuro.

Pues bien, dentro de eso, yo creo que uno de los cambios fundamentales de la economía española en estos seis años ha sido justamente la superación de la discrecionalidad o, dicho más coloquialmente, hemos intentado no dar bandazos. Por eso, la política económica del Gobierno hoy es predecible y mi intención, mi deseo y mi trabajo consisten en que toda la política del Gobierno sea predecible. Se podrá estar de acuerdo o no con ella, pero es predecible, y eso proporciona económicamente un marco de actuación sin sobresaltos que permite tomar decisiones a medio y largo plazo.

Por ejemplo, la estabilidad presupuestaria nos está proporcionando grandes beneficios en términos de credibilidad. ¿O es que alguien pensaba hace cuatro o cinco años que España iba a ser puesta como ejemplo de estabilidad en sus cuentas, en su economía y en sus Presupuestos en el marco de la Unión Europea?

Hoy nuestra economía se encuentra situada entre las más solventes del mundo. Los analistas lo saben, los mercados lo premian y los ciudadanos lo notan o, por lo menos, espero que lo noten.

Yo creo que lo notan con beneficios tangibles: se nota en forma de mejor financiación para las empresas y para los particulares; se nota en forma de crecimiento y empleo --quiero decirles que España tiene, por segundo año consecutivo, la mayor creación de puestos de trabajo dentro de los países que forman parte de la OCDE--; se nota también en forma de menos impuestos y por segunda vez vamos a cumplir con el compromiso de bajar el Impuesto sobre la Renta a todos los contribuyentes españoles y, especialmente, más a las familias con hijos.

Creo que hemos recuperado el valor democrático de la disciplina presupuestaria y creo, sinceramente, que los Presupuestos están para cumplirlos.

Durante muchos años hemos sufrido, en mi opinión, las consecuencias empobrecedoras de la idea de que el déficit, de que el gasto público, es la mejor receta para solucionar cualquier problema. Y eso, al final, quería decir mayores tipos de interés, mayores impuestos, menor crecimiento y menor empleo. Hoy muy pocos defienden ya las políticas del déficit. Podrán existir más o menos discusiones sobre la fecha en la cual llegar al equilibrio presupuestario; pero nadie, en el fondo, que sea prudente se atreve a afirmar que sea positivo mantener un déficit público permanente.

Yo creo que es vital que nos atengamos a los compromisos adquiridos; compromisos europeos y compromisos con los ciudadanos españoles expresados en la Ley de Estabilidad Presupuestaria.

El Presupuesto equilibrado no es una limitación para nadie, es un trampolín para el crecimiento económico. Sin el equilibrio presupuestario puede que algunos políticos tengan más oportunidades de quedar bien en el corto plazo, pero dañamos la economía antes de que hayamos llegado al medio plazo. La credibilidad y la confianza de nuestra economía, de las cuales hasta hace muy pocos años no andábamos sobrados, sino todo lo contrario, dependen de que todos asumamos el compromiso de no gastar más de lo que se ingresa, porque, si es difícil, y es muy difícil, llegar a ser creíble, lo más difícil es mantener esa condición. Si es verdad que cuesta mucho esfuerzo ganar credibilidad, es verdad que la credibilidad se arruina en un suspiro o en muy pocos instantes.

También sabemos ahora que vivimos en un entorno de incensantes cambios, cambios a los cuales es muy necesario adaptarse. Hoy en día sólo serán competitivas aquellas economías con un entorno microeconómico flexible y digo más: en Europa, y más tal como están las cosas ahora, crecerán más y tendrán más empleo cuanto más flexibles sean las economías. Eso significa, en mi opinión, hacer una apuesta decidida por ganar espacios para la libertad, para la iniciativa privada y para la competencia.

En esta realidad las pequeñas y medianas empresas tienen todo que decir como principales fuentes de empleo y de dinamismo en nuestra sociedad. Permítanme la expresión si les digo que hacer negocio es hacer país y que aquí, en Cataluña, creo que esto se entiende bien. La voluntad del Gobierno ha sido siempre eliminar las cargas que impedían su normal desarrollo y su expansión, y queremos seguir en lo mismo.

En 2003 el Gobierno cumplirá con su promesa, con su compromiso --por cierto, hecho público aquí, en Barcelona--, de eliminar el Impuesto de Actividades Económicas para el 90 por 100 de los negocios en España, exactamente para el 93 por 100 de los negocios en España, a todas las personas físicas y a todas las empresas que facturen menos de un millón de euros. Por si alguien tiene todavía alguna duda, le diré que esto lo aprobará el Consejo de Ministros de mañana, precisamente. Creo que también ayudará a la competitividad de las pequeñas y medianas empresas la Ley de la Nueva Empresa que aliviará trámites administrativos, mejorará condiciones de financiación y que permite diferir el pago del Impuesto de Sociedades durante los dos primeros años.

Pues bien, a medida que se ganan espacios para la libertad de los agentes económicos, mayor es la responsabilidad de todos en el devenir de la economía. Y hoy, que sabemos todos que vivimos en un mundo abierto, que nuestras empresas compiten globalmente, sabemos también que ni nuestros intereses ni nuestros empleos se deben poner en riesgo por razón del inmovilismo. Todos podemos ver lo que sucede cuando no se alcanzan acuerdos y no puede aumentar la productividad, y de ahí la importancia de tomar medidas e instrumentar políticas en un marco de diálogo social.

Yo creo que todos debemos felicitarnos por haber retomado el diálogo; debemos felicitarnos de que hayamos sido capaces de dar muestras de madurez y de flexibilidad, de haber hallado un punto de encuentro que nos permitirá seguir avanzando mediante la suma de voluntades, porque creo que ésa es la mejor garantía de futuro. Siempre hemos creído en el valor del diálogo, lo hemos practicado y hemos llegado a muchos acuerdos.

Lo hemos vuelto a demostrar tan pronto como hemos encontrado la misma flexibilidad en nuestros interlocutores.

Nosotros contamos con un proyecto de largo alcance que, como he dicho en muchas ocasiones, huye de la tiranía del corto plazo. Dicho de otro modo, nunca he estado dispuesto a ser prisionero del corto plazo y sigo sin estar dispuesto a ello. Es un proyecto que quiere plantearse objetivos ambiciosos y que quiere marcar un camino claro para conseguirlo.

Nuestro país ha experimentado una profunda transformación en los últimos años y hoy puedo afirmar, sin ninguna jactancia pero con legítimo orgullo, que la sociedad española es la sociedad más dinámica de Europa, la que más crece económicamente, y con una confianza y una vitalidad interna que se proyecta en el arte, en la ciencia, en la economía, en el deporte o por donde quiera. Esto ha sido posible porque hemos acertado en el camino adecuado, pero también ha sido posible porque hemos sabido dotarnos de instituciones muy sólidas que hacen que la seriedad de los países sea una realidad.

En estos últimos seis años hemos hecho los grandes traspasos de competencias a las Comunidades Autónomas; hemos realizado dos sistemas de financiación, el último, con carácter ya definitivo y apoyado por todas las Comunidades Autónomas. Yo no niego que haya formaciones políticas que hubieran deseado también otras cosas. Sólo digo que lo que se ha hecho ahora no lo había hecho antes ningún otro Gobierno. Y esto sí lo quiero recalcar.

Nos hemos convertido en uno de los países más descentralizados del mundo con diferencia, y eso es positivo; positivo porque refleja nuestra pluralidad constitutiva, positivo porque ahora responde al modelo constitucional y positivo porque coloca a todas las Administraciones en condiciones de corresponsabilizarse y de hacer mucho para el progreso de los ciudadanos.

Hoy en día las Administraciones territoriales en España, las Comunidades Autónomas y las Corporaciones Locales, gestionan cerca del 55 por 100 del gasto público total. Y ahora, con el nuevo sistema de financiación, los ciudadanos empiezan a percibir mucho más claramente la relación entre los impuestos que pagan y los servicios que reciben de cada Administración. Eso, a la larga, es más control y más confianza en la gestión, y eso, a la larga, es más exigencia de una eficacia que hoy no se exige debidamente a todas las Administraciones.

En este mercado cada vez más amplio del siglo XXI creo que no resulta posible defender modelos de desarrollo para territorios aislados. Las experiencias de modelos autárquicos o localistas siempre han fracasado. Cataluña conoce muy bien las ventajas de la apertura y de la internacionalización. Las empresas catalanas, y aquí hay buenos ejemplos, han sido motor de desarrollo y de crecimiento en España, y lo tienen que seguir siendo. En estos años el grado de apertura económica de Cataluña ha pasado de un 54 a un 71 por 100 y creo que ése, justamente, es el camino correcto.

También en estos años creo que Cataluña ha cambiado en otras cosas. Por ejemplo, la riqueza catalana ha crecido en los últimos seis años más de un 37 por 100 en términos nominales; la convergencia con Europa ha aumentado más de nueve puntos, quiero decir que a bastante más que un punto por año; el desempleo ha pasado del 19 al 9 por

100; hay 600.000 catalanes más que hoy están ocupados y que hace unos años no tenían trabajo, y de las cuatro provincias catalanas hay dos que están prácticamente instaladas ya en el pleno empleo y las otras dos no andan muy a la zaga.

Éstos son los datos y los hechos; pero lo que es importante también es que nosotros queremos seguir haciendo lo posible porque esto continúe, que continúe de muchas maneras y, muy especialmente, como estamos haciendo estos días, a través del Plan de Infraestructuras 2000-2007. Queremos que ese Plan nos dote de unas infraestructuras modernas, homologables en extensión y en calidad a la de nuestros vecinos europeos más importantes; queremos hacer un país más atractivo para la inversión; queremos permitir una más eficiente distribución de los centros productivos y queremos sentar también las bases de una mejor convergencia regional.

El Plan de Infraestructuras, quiero resaltarlo, está suponiendo una inversión total del Estado en Cataluña que ascenderá a 14.150 millones de euros que, traducido en pesetas, son 2.300.000 millones de pesetas, repartidos en carreteras, en ferrocarriles, en aeropuertos, en puertos y en otras inversiones públicas.

Hoy se ha puesto la primera piedra de la ampliación del aeropuerto del Prat, obras que, cuando estén culminadas, permitirán que ese aeropuerto llegue y supere los cuarenta millones de pasajeros por año. No conviene perder la perspectiva porque, como yo recordaba esta mañana, sólo hay tres aeropuertos en Europa que superen los cuarenta millones de pasajeros por año; tres. Es evidente que, cuando El Prat llegue a esa situación, habrá más que superen los cuarenta millones; pero es evidente que El Prat estará entre los que superen los cuarenta millones.

Creo que ahora es el momento de apostar justamente por una Cataluña más abierta y más dinámica, y creo que es el momento de apostar por Cataluña en una España cada vez con una mayor proyección y un mayor peso internacional. Y creo, sinceramente, que el papel de Cataluña en el futuro inmediato no puede ser ni el de la resignación, porque no hay ninguna razón para ello, ni el del agravio, porque tampoco hay razón para ello. Yo creo que Cataluña tiene la obligación, la posibilidad y la responsabilidad de ser motor de progreso central, de ocupar la centralidad de la vida política, económica y social de España, y, en gran medida, también de ser un punto de centralidad para Europa.

Con las condiciones económicas, sociales y políticas que tiene Cataluña, permítanme que les diga que Cataluña sólo será periférica si quiere ser periférica y mi opinión es que no lo quiere. Les quiero decir esta tarde que yo haré todo lo que esté en mi mano para que Cataluña nunca sea periférica, porque creo que no es ése precisamente el destino catalán.

Yo creo que, por el contrario, Cataluña acertará si se anticipa a los acontecimientos que están por venir. Cuando el reto es la apertura al exterior, es la innovación, es la formación, es la competitividad, es el progreso de los ciudadanos, es el pleno empleo, es las oportunidades cada vez para más, perderíamos muchas oportunidades si nos empeñáramos en mantener indefinidamente abiertos debates sobre un modelo institucional de cuyas ventajas todos nos estamos beneficiando.

Una de las grandes diferencias de la España de hoy con la España de hace veinticinco años, o con la España de hace veinte años, o de hace quince años, o de hace diez años, es que España podía vender antes las virtudes de su transición para bien. Hoy puede vender los resultados del éxito político, económico y social de la transición; no sólo la transición, sino los resultados de la transición. Y creo que no es razonable poner en riesgo una etapa de éxito histórico con interpretaciones o, simplemente, con planteamientos o con ocurrencias que pongan en riesgo la base y la raíz que nos ha permitido tener un éxito histórico de los que, al menos en los últimos doscientos años, no estamos precisamente sobrados en la historia de nuestro país.

Yo creo que Cataluña encarna, como pocas, los valores de credibilidad y confianza de los cuales hoy les he hablado y en los cuales creo cada vez más y creo profundamente. El dinamismo de su tejido empresarial, la apertura y la voluntad constante de modernización, han servido para caracterizar la sociedad catalana y han sido un estímulo para España. Cuando se ha conseguido alguno de los objetivos que con tanto empeño tantas mujeres y hombres catalanes se han planteado a lo largo de la Historia, que era su objetivo de contribuir a la modernización de España, eso no puede ser motivo de preocupación ni de agravio, sino que tiene que ser un motivo para asentar y para proyectar nuevas ambiciones y nuevos objetivos en esa realidad.

Creo que hoy esta sociedad se prolonga y se proyecta hacia el exterior como una sociedad de vanguardia, que lidera muchos cambios culturales en nuestro país; una sociedad abierta, una sociedad de acogida, que crece en población y que está demostrando una fuerte capacidad de atracción de trabajadores inmigrantes. Yo creo que justamente en eso, y por eso, entre otras cosas, Cataluña debe tener la ambición de ser una Cataluña líder en términos de progreso y de prosperidad en la España del siglo XXI; pero también una Cataluña que se involucre y participe en las responsabilidades de todo, sin ponerse límites y sin restarse centralidad.

En la España plural, pujante y abierta de hoy, en la España creíble y que genera confianza, yo espero y deseo que una Cataluña plural, pujante y competitiva aproveche todas las oportunidades que el momento le ofrece, y, probablemente, le ofrece un momento y una oportunidad única e histórica. Ojalá tengamos la suerte de interpretar correctamente eso.

Muchas gracias a todos y muy buenas tardes.